

Adolescencia: Un arduo recorrido hacia la consolidación de la individualidad



DIVA APARECIDA CILURZO NETO¹

DOI: 10.36496/N139.A6

ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/0009-0007-9210-6783](https://orcid.org/0009-0007-9210-6783)

RECIBIDO: ABRIL 2024 | ACEPTADO: MAYO 2024

RESUMEN

El presente artículo tiene el objetivo de reflexionar respecto del sufrimiento psíquico vivido por un adolescente durante el período de la pandemia de Covid-19 en el Brasil y, además, analizar las reverberaciones psíquicas producidas en este tiempo de agonía en la vida psicosocial. Al comienzo se realizan algunos señalamientos teóricos sobre la adolescencia, en el sentido de presentarle al lector una reseña de las condiciones psíquicas que se encuentran en esta etapa del desarrollo humano. Enseguida, se describirá la pandemia, no solo como una crisis sanitaria y humanitaria, sino también como una crisis terrorífica. Al integrar estos dos aspectos, se presentará la jornada que recorrió el par analítico. Se presentan algunos de los dolores psíquicos del proceso de la adolescencia y cómo se intensificaron a partir de la vivencia pandémica. Observaremos también cómo resurge el conflicto edípico, el uso de las defensas maníacas, el funcionamiento melancólico ante las frustraciones en las relaciones con el sexo opuesto y con la realidad, además del sentimiento de vacío y soledad que son inherentes a un adolescente.

DESCRIPTORES: ADOLESCENCIA / CASO CLÍNICO / SUBJETIVACIÓN

DESCRIPTOR CANDIDATO: PANDEMIA

1 Miembro titular de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo. dilurzo@terra.com.br

SUMMARY

This paper aims at reflecting on the psychic suffering of a teenager during Covid-19 pandemic in Brazil, and the psychic impacts of this time in his psychosocial life. Theoretical notes about adolescence will be made in order to present the psychic conditions of this stage of development. Then, the pandemic will be described not only as a health and humanitarian crises, but also as a terror crisis. Considering these two aspects, the journey of the analytical duo will be presented. Some of the psychic pains of adolescence and their worsening due to the pandemic will be considered. It will also be analyzed the resurgence of oedipal conflict, the use of maniac defenses, the melancholy due to frustrations of interacting with the opposite sex and with reality, as well as the feeling of emptiness and loneliness of a teenager.

KEYWORDS: ADOLESCENCE / CLINICAL CASE / SUBJETIVATION

CANDIDATE KEYWORD: PANDEMIC

La adolescencia es un período de la vida en que la turbulencia se da cuando la personalidad es suficientemente infantil como para recordar cómo es ser un niño y lo suficientemente adulta como para sospechar cómo es ser adulto.

Bion, 1978, p. 129

INTRODUCCIÓN

El psicoanálisis desde los comienzos ha demostrado preocuparse mucho por la constitución de la mente y la integridad psicosomática en los distintos niveles del desarrollo psicosexual del ser humano. Entre las diversas cuestiones que ha abordado el padre del psicoanálisis, podemos destacar el contenido del texto *La novela familiar de los neuróticos*, en el que Freud (1909 [1908]/1996f) muestra los obstáculos psíquicos sufridos durante el arduo pasaje del individuo en el período de la adolescencia.

De los distintos aspectos que aborda el autor, el foco principal lo pone en las angustias despertadas por la reedición del drama edípico en esta etapa del proceso de maduración. Tal como indica Freud, el adolescente se sumerge en un volcán pulsional en el que se ponen de manifiesto la desvinculación de los padres, el enfrentamiento en búsqueda de nuevos modelos y el dolor por la pérdida de los padres idealizados.

Teniendo en cuenta la importancia que tiene este período de la vida para el ser humano y la revolución que provoca la adolescencia en el aparato psíquico, podemos cuestionar: ¿Cuáles son las resonancias psicosociales que una situación pandémica desencadena en un adolescente? Al analizar la situación desde el ángulo psicoanalítico, podemos afirmar que, tal como en la guerra, el «sufrimiento mental», el desafío y la desilusión se imponen enfáticamente y provocan una nueva postura emocional y física frente a la muerte y a la vida (Freud, 1914/1996e).

El presente artículo se dedica a estudiar el encuentro entre la vida y la muerte, la realidad y la fantasía, la infancia y la adolescencia. Por medio del relato del tratamiento psicoanalítico de un joven de trece años, intentaremos reflexionar con respecto al sufrimiento psíquico que él ha vivido en el período de la pandemia provocada por el Covid-19 en el Brasil y mostraremos las resonancias que este período de agonía ha tenido en su vida psicosocial. El nombre ficticio que se ha elegido para el protagonista de estas vivencias ha sido Héctor, en clara alusión al gran héroe de la Guerra de Troya² (Homero, trad. en 2013), debido a que, de manera semejante, este adolescente había combatido también en una importante guerra, tan mortífera como la troyana, una guerra psíquica, social y viral.

Al comienzo haremos algunas indicaciones teóricas sobre la adolescencia en el sentido de presentarle al lector una reseña de las condiciones psíquicas que se encuentran en esta etapa de la vida. Luego, describiremos la pandemia no solo como una crisis sanitaria y humanitaria, sino también como una crisis tremebunda y paralizante de la estructura yoica de

2 La Guerra de Troya: conflicto bélico entre aqueos y troyanos en la Antigüedad. El príncipe troyano Héctor es uno de los principales personajes en la Guerra de Troya dentro del poema homérico *La Ilíada*. Como jefe de las fuerzas de la ciudad-estado de Troya, su braveza en el combate al ejército aqueo es tomada como ejemplo hasta los días actuales.

Héctor. Integramos estos dos aspectos al presentar el recorrido realizado por el par analítico.

Mediante la presentación de viñetas clínicas, se corroborarán los dolores psíquicos del proceso de la adolescencia y cómo ellos se agudizan a partir de la vivencia pandémica. Además de eso, veremos la reaparición del conflicto edípico, el uso de las defensas maníacas, como también el funcionamiento melancólico ante las frustraciones en el contacto con el sexo opuesto y con la realidad, además del sentimiento de vacío y soledad que se despiertan en un adolescente.

LA ADOLESCENCIA: UN NUEVO NACIMIENTO³

Lo que en la infancia significa salir de la membrana simbiótica para convertirse en un ser individual que camina por sí mismo, en la adolescencia implica desprenderse de los lazos de dependencia familiares, aflojar los vínculos de objeto infantiles para pasar a integrarse a la sociedad global. (Blos, 1979/1996a, p. 98)

El desarrollo psicoemocional humano consiste en un extenso proceso vivido a lo largo de toda la existencia del ser. Empieza con el nacimiento, en el que el proceso estará marcado por las relaciones de objeto. La sobrevivencia física y psíquica del bebé será salvaguardada únicamente por medio de la ayuda ajena, que deberá ser acogedora y confiable. Tal como defiende Freud (1950 [1895]/1996c), la presencia atenta y cuidadosa del «otro» va a permitir la vivencia de la experiencia endógena y erógena, siendo el paso inicial fundamental para el desarrollo psicosexual infantil.

El ritmo, las particularidades, las continencias y los intercambios establecidos en estos primeros contactos serán fundamentales para la subjetivación del bebé, o sea, para constituir el primer núcleo identitario. A partir de este momento, basado en un proceso dinámico y continuo, se

3 «La adolescencia es un nuevo nacimiento porque los rasgos más elevados y completamente humanos nacen ahora. Las cualidades de cuerpo y alma que ahora emergen son mucho más nuevas. El niño viene de un pasado remoto; el adolescente es neotático, y en él las adquisiciones posteriores de la raza lentamente se vuelven prepotentes» (Hall, 1904, p. XIII).

formará un ser simbólico con un «sentido de sí mismo», una criatura de naturaleza psicosocial, tal como afirma Guerra (2017).

La construcción del vínculo entre la madre y el bebé puede ser vista como una historia de encuentros y desencuentros, de claridades y oscuridades, de armonías y disonancias. El ritmo y la ley materna. Tal como es dable observar, este será uno de los primeros organizadores de la base del encuentro intersubjetivo, la base del ingreso del bebé al mundo del ser humano (pp. 55-58).

Sin embargo, este peculiar proceso que empieza en los primeros momentos de la vida pasará por un cambio estructural en la etapa de la adolescencia. Se trata de una transformación que establecerá el «preludio de la formación final del Yo y de la identidad sexual», como defiende Blos (1979/1996c, p. 71).

La fase de la adolescencia se caracteriza por una crisis narcisista identitaria en la que el Yo es acosado por intensas angustias en lo que respecta a la integridad del *self*, del cuerpo, de la sexualidad y de la socialización. Las exigencias del mundo interno y externo se amalgaman en este período y constituyen una etapa de una gran turbulencia biopsicosocial.

Freud (1905/1996h) defiende que se trata de un período en el que el joven «tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente *sensual*»⁴ (p. 189). Para eso, las manifestaciones pulsionales que desequilibran las instancias intrapsíquicas se instalarán y provocarán la reactivación de la problemática edípica, el uso de los mecanismos arcaicos de defensa, el aumento de la tendencia a las actuaciones y la aparición de ideas autodestructivas, como también es una reorganización psíquica en la que el segundo proceso de individuación se establecerá por medio de los cambios de parámetros.

Por lo tanto... el adolescente constituye en esencia una tensión dialéctica entre el primitivismo y la diferenciación, entre las posiciones regresivas y progresivas, cada una obteniendo el ímpetu de la otra, como también

4 N. de la E.: Traducción de J. L. Etcheverry; La traducción corresponde a la p. 182 de: Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

cada una convirtiendo la otra en algo posible y pasible de ser trabajado (Blos, 1979/1996c, p. 114).

LAS PÉRDIDAS OCASIONADAS POR LA PANDEMIA

En el mes de marzo de 2020, el coronavirus llegó al Brasil de una manera alarmante. A pesar de todos los esfuerzos y de las investigaciones científicas, no había en aquel momento una vacuna o un tratamiento verdaderamente eficaz para prevenir la contaminación y muerte por el virus. Las autoridades gubernamentales llegaron a la conclusión de que hacer de todo para reducir el contagio y proteger a la población sería una medida para no sobrecargar el sistema de Salud Pública.

Con este objetivo, se implantó el aislamiento social y se permitió el contacto apenas por un medio remoto. La angustia estaba muy presente en la sociedad, y las instituciones empezaron a organizarse. Las necesidades básicas fueron satisfechas por medio del comercio electrónico. Las instituciones de enseñanza, en los distintos niveles, dictaron sus cursos de forma *on-line*, con un bajísimo índice de aprovechamiento. Las actividades de diversión se redujeron a ver series en la televisión.

Hubo la sensación de una pérdida en la mente y en el cuerpo de las personas. Fue mucho más que una tristeza profunda como resultado de alejarse del objeto amado porque se trató de un miedo generalizado a morir. La angustia transbordó, y nadie lograba tener idea de cuál sería el fin de esa hecatombe. Todos estábamos en guerra contra un enemigo oculto frente al cual no teníamos medios de defensa.

En términos emocionales, las personas estaban fragilizadas. Había una sensación de vacío junto con el sentimiento de soledad, de la pérdida de los parámetros estructurales de la vida en sociedad. El duelo se instalaba de forma sistémica, señalando la pérdida del objeto estimado, capturando el psicosoma, el ambiente y la sociedad.

De modo general, el duelo es la reacción ante la pérdida de un ser amado, de una abstracción equivalente como la patria, la libertad o un ideal, etc. (Freud, (1917 [1915]/1996b, p. 249).

Sin embargo, nos preguntábamos: ¿Qué sería del objeto perdido? ¿La gente lograría realizar el trabajo de duelo, transigiendo con la muerte,

recanalizando la libido para rescatar la vida y readaptarse ante el registro de la realidad que se imponía? La vida, al igual que los objetos de afecto, estaba en las manos del destino. Se probaba la capacidad de supervivencia de cada psiquismo. Las resonancias entre el sujeto y el objeto permanecían atacadas. ¿Habría alguna posibilidad de sobrevivir a todo eso?

Han sido tiempos muy difíciles, difíciles para Héctor, un jovencito de trece años cuyos padres me consultaron para solicitar ayuda psicológica para su hijo.

UN ADOLESCENTE EN LA PANDEMIA

Los papás de Héctor me consultaron muy ansiosos y preocupados. Durante la entrevista preliminar, la pareja afirmó que su hijo ya no era más «el chico de antes» (sic). Durante la pandemia, los valores y la conducta de Héctor se habían modificado mucho. Él era antes un chico alegre, comunicativo y juguetón; ahora se había convertido en un ser taciturno, cabizbajo, melancólico y muy silencioso. Las notas escolares habían caído al punto de estar en peligro de repetir de año. Cuando escucho este discurso de los padres, pienso en los fantasmas que ocupaban el psiquismo de ellos. Me pasa por la mente el miedo y, especialmente, la sensación de impotencia que sentía esta pareja ante el estado de su hijo. La preocupación ansiosa puesta de manifiesto me contaminaba y me provocaba el deseo de descubrir qué le había pasado a ese jovencito.

A partir de esta escucha, tengo en cuenta que Héctor ya había entrado en la adolescencia, y esto de por sí ya establecía una complejidad de emociones, sensaciones y transformaciones que a menudo son incomprensibles para los padres. A pesar de esto, había un elemento que complicaba: la pandemia y las consecuentes angustias ocasionadas en este período.

A lo largo de la entrevista aparecen más detalles sobre las reacciones ante la pandemia y los comportamientos actuales de Héctor. El padre afirma que actualmente el hijo está sin interés por estudiar, sin ganas de relacionarse con los amigos, revelando un estado de apatía y falta de ganas por casi todo, y que ese estado empezó con la pandemia. Según la madre, en el período pandémico todo fue terrible. Héctor se quedaba horas y horas sin decir ni una palabra. Los amigos intentaban hacerlo hablar, pero

Héctor no quería contestar, solo mutis. En las clases escolares (*on-line*) no abría la cámara, bajaba la cabeza y se quedaba en silencio durante horas.

Al escuchar el relato de los papás, aparece en mi mente la imagen de un chico asustado, tan asustado como los padres. Pienso en el dolor mental provocado por la relación con un mundo externo enfermo, umbrío, un mundo perseguidor, violento y asesino; y cómo esta condición psicosocial había incentivado y potencializado las profundas angustias en este muchacho.

Una ola de duelo y melancolía había impactado a este jovencito durante la pandemia y se mantenía hasta ese preciso momento, dejándolo en manos de un coloso mortífero.

Al darme cuenta de la urgencia de la situación, les propongo a los padres tener algunas entrevistas con el chico para que yo lo conozca mejor, y ellos aceptan inmediatamente mi sugerencia.

CONOCIENDO A HÉCTOR

Mi primer encuentro con Héctor fue pleno de sorpresas. Al contrario de presentarse como un adolescente quieto, introvertido –tal como lo habían descripto los padres–, me veo frente a un chico muy *extrovertido y hablador*. En ese momento me parece que Héctor está muy ansioso. Empieza a hablar afirmando que le gusta vestirse bien, estar siempre pulcro y lindo. Me cuenta las marcas famosas de ropas y zapatillas que usa, al igual que sus amigos. Juega con las palabras y hasta hace piruetas en la sala del consultorio.

Apenas termina este primer momento de un hablar sin interrupciones y juegos, mi futuro analizante parece que se ablanda. De forma un poco más pausada, empieza a relatar las películas de terror que acostumbra a ver. Menciona que durante la pandemia ha visto muchas películas de este tipo, pero que había algunas que lo «habían impresionado». Según Héctor, le provocaban tanto miedo que dejaba de ver la película por la mitad.

Al oírlo, intuyo que el chico no está solo hablando de las películas que vio, sino también que menciona revivir situaciones de «terror sin nombre», o sea, de sensaciones de vacío, desamparo y aniquilación, momentos primitivos de la mente, tal como dice Bion (1962/1991). Me doy cuenta de que los juegos y pequeñas escenas hacen parte de un camuflaje maniaco que lo ayuda a ocultar los sentimientos, emociones y angustias.

A raíz de lo que he percibido, invito a Héctor a realizar nuevos encuentros en el consultorio, afirmando que podríamos conversar más sobre su persona y sobre las cosas buenas y malas de su vida. A él le gusta la idea, y así empezamos una serie de entrevistas en las que Héctor habla cada vez más de su vida y de su historia personal.

A lo largo de las entrevistas, Héctor relata que, por contingencias familiares, se había mudado de su terruño y llegado a la ciudad de San Pablo. Sin embargo, ese recorrido fue arduo, lleno de situaciones de prejuicios y de *bullying* sufrido tanto por él como por su hermana. Me cuenta detalles de estas situaciones que sufrió, haciéndolo con una voz trunca y amarga.

Aparecen también los «tipos patoteros, violentos», como Héctor denomina a los *tipos* que buscan pelea y que él intenta enfrentar. Mezclando bronca y miedo, este chico me cuenta situaciones escolares, pero también habla de uno de los períodos más difíciles de su vida, tal como él mismo afirma: la pandemia. De esta manera, ha empezado un relato que mezcla miedo, omnipotencia, impotencia y la relación edípica.

Héctor subraya: «Yo no arrugo. Si alguien me ataca, yo me le tiro encima. En la escuela los chicos saben muy bien que si me provocan, les voy a dar una paliza. Mi papá es igual». Después de una pausa, sigue

HÉCTOR: En la pandemia, Dios mío, el tipo gritaba como un loco frente a la pantalla de la computadora. La gente se moría, y él estaba gritando. Nadie podía pensar..., trabajar..., hacer nada. El cargo que él tenía era de la dirección, pero nadie lograba quedarse en el aula. El tipo tenía una sala, pero quería quedarse en el aula. ¡Carajo, era muy difícil, me daba miedo! ¡Afuera todo estaba oscuro, parecía que estábamos en una guerra, todo muerto, y él, nervioso como si solo él tuviera problemas! ¡Pobre mi mami! Ella se quedaba en el medio, intentando calmar a todos, menos a mí porque según ella yo estaba demasiado quieto. Ella me pedía que llamara a mis amigos, pero yo solo quería quedarme en la habitación, medio muerto, ¿sabes?

ANALISTA: Muerto de miedo. ¿No es así, Héctor?

HÉCTOR: ¡Dios mío! Es imposible olvidarse de determinadas cosas. Todo vacío. Cuando miraba por la ventana, parecía que estaba en esas películas de guerra nuclear. A veces me acuerdo de eso, intento borrarlo de la mente.

Al escuchar a mi futuro analizante, pienso que la pandemia le había puesto de manifiesto la violencia pulsional mortífera. El terror inundaba la mente de todo el mundo, y cada uno lo enfrentaba según la propia estructura psíquica que tuviera. En el caso del adolescente Héctor, la resolución edípica se disolvía en el proceso de revivir la castración, afectando y fragilizando todavía más el narcisismo de vida de este chico.

Incentivada por todo lo que había escuchado, invito a Héctor a que hagamos un trabajo analítico en el que podríamos charlar más sobre este y otros asuntos que lo hacían sufrir. Acepta, y empezamos el proceso analítico.

MADAME BUTTERFLY

Héctor ha empezado el proceso analítico. Durante varias semanas el tema de las sesiones consiste en las críticas y dificultades que Héctor tiene en la escuela, especialmente en las clases de italiano. La autoridad simbólica que tiene un profesor es penosa para todo –y para cualquier adolescente– porque impone reglas y porque pone límites que no siempre son pasibles de acatar, debido a que a menudo hacen aparecer traumas y fantasías edípicas. El no comprender el idioma italiano y el rigor que tiene ese profesor son factores que molestan mucho a Héctor. A él le parecía un idioma muy extraño, que lo asustaba y lo perseguía. ¿De qué idioma estaríamos hablando? ¿El de la mente? ¿El del cuerpo? ¿O el de las emociones?

En este sentido, Bollas (1987/2015) menciona la importancia que tiene el idioma. Empieza con los cuidados de la madre; como una presentación estética del ambiente interno y externo, se extiende por la vida y es reinventado en el contacto o, mejor dicho, en la relación con cada nuevo objeto. Este autor nos alerta sobre cómo estos momentos estéticos pueden ser formidables o, por lo contrario, provocar confusión, perturbaciones, sometiendo el *self* a un sentimiento de extrañeza, hasta incluso de ruina.

Mi analizante sostenía que no le gustaba hablar en público, que se ponía muy nervioso y que cada error que cometía, por pequeño que fuera, era motivo para perder puntos en el promedio escolar. A pesar de ello, este no era el único motivo por el que le molestaba tener que estudiar italiano. El tema de las clases era cáustico. Los alumnos leían y releían el texto de la ópera *Madame Butterfly*.

A Héctor el argumento de la ópera le parecía muy triste y repudiaba la actitud del protagonista, el capitán Pinkerton, con la joven Butterfly. Mostraba una mezcla de indignación y melancolía, afirmando:

Es muy triste y, al final, ella se muere. No me explico por qué este tipo le hizo eso a ella. ¡No me parece nada bueno! ¡Caramba, el tipo le miente, y el nene se queda sin papá ni mamá...! ¿Quién lo va a cuidar?

Amor, sexo, respeto, desprendimiento y traición constituían una pared para Héctor, muy difícil de comprender y de superar. Las dudas sobre la conducta de los protagonistas de la historia de *Madame Butterfly* retornaban constantemente en sus diálogos. Los detalles de la ópera aparecían, y con ellos las fantasías y angustias de Héctor tenían voz, lo que nos permitía un acercamiento analítico.

Héctor se identificaba con el dolor de la joven, con los engaños y sus carencias afectivas. La mente de este chico estaba confundida en este difícil trayecto en el que el ser humano reinvierte libido en un objeto externo, esta vez en alguien fuera del núcleo familiar, el otro sexual. Para Héctor se trataba de algo todavía muy temido y desconocido, un verdadero continente negro (Freud, 1905/1996h, pp. 209-210).

LA PULSIONALIDAD DE LAS PRUEBAS

Han pasado seis meses de trabajo analítico. Además de las clases de italiano y de la identificación con los personajes de *Madame Butterfly*, podemos decir que Héctor sufría con las pruebas escolares.

La relación que tenía con las figuras de autoridad era ardua para mi analizante. Padre, profesores y pruebas lo involucraban en un claustro esquizo-persecutorio desde donde él no lograba ver la salida. Las instancias yoicas y superyoicas estaban desaliñadas, lo que afectaba el diálogo pulsional y la aceptación de los límites de lo íntimo, lo social y lo público. Héctor vivía, tal como señala Blos (1979/1996a), «el segundo proceso de individuación» (p. 97) con toda la intensidad que este instaura.

Las notas escolares, las pruebas y las clases particulares eran mucho más que un objeto terrorífico para Héctor, en verdad eran una realidad

persecutoria que él revivía en el análisis. Faltando poco tiempo para terminar el bimestre, o sea, cuando se cerraban los promedios escolares, la situación empeoraba. Se daba en Héctor una desorganización psíquica generalizada que se reflejaba en su rendimiento escolar. El mal humor, la procrastinación y la distracción se imponían en su vida. No eran solamente las pruebas que lo asustaban, sino el combate edípico contra el «el líder de la horda primitiva», que estaba representado en la figura del temible padre primevo, con su fuerza inconmensurable, la pasión por la autoridad y el carácter ambivalente que podía ser protector y continente, pero también violento y asustador (Freud, 1921/1996d).

Viñeta clínica

Héctor está en la semana de pruebas. Afirma:

Hoy tengo una clase particular de portugués. Me gustaría que fuera de matemáticas, pero va a ser de portugués. Mi papá me quiere enseñar matemáticas. Caramba, él es muy enérgico. Cuando me equivoco, se pone nervioso, me putea, me da miedo. Me dice que no es posible que yo sea tan distraído. Me pregunta si yo soy retardado. Y en eso, me confundo todo. A mí no me gustan las matemáticas, yo quiero cursar la facultad de derecho. ¡Matemáticas no es una materia ni en el examen de ingreso! Después de que él se enoja, se arrepiente y me dice: «¡Bueno, regio, vamos a intentarlo otra vez!». Es un tipo bueno, trabaja mucho, pero es muy nervioso. Yo sé que él me quiere ayudar, pero me paraliza.

Después de un ratito, Héctor sigue con la protesta.

No sé qué es más difícil para mí: hacer la prueba, no tener dinero para comprar el coche de Tesla o aguantar a mi papá diciéndome que no pongo atención y por eso no aprendo, y que no voy a ser nadie en la vida. ¡Qué bárbaro, es demasiada presión, Dios mío!

La relación del ser humano con el saber abarca no solo la capacidad cognitiva, sino también el deseo de saber, de descubrir e incluso de dominar al otro. También consiste en cotejar el Yo con el Edipo, con el mundo

exterior, con lo conocido y lo desconocido. Los deseos inconscientes, los objetos de afecto y los núcleos traumáticos se vuelven a presentar movilizándolo todo el psiquismo en el proceso de aprendizaje. De manera transferencial, el profesor y las pruebas escolares se convierten en instrumentos pulsionales de vida o de muerte del aprendiz, ya sea en la infancia, en la adolescencia o en la edad adulta.

JUGAR ES EL ARTE DE HACER VINCULACIONES Y ALIANZAS ENTRE LA FANTASÍA Y LA REALIDAD

Nuestro trabajo clínico había empezado hacía un año. Los hechos iban sucediendo y los caminos se abrían hacia las emociones reprimidas y el porvenir.

Empezaba una nueva etapa de nuestro proceso analítico. Héctor, que antes era atendido en la sala de adultos del consultorio, ahora desea hacer las sesiones en otro lugar, en la sala de Ludoterapia. Este chico, que antes pasaba de largo frente a la puerta de esta sala para dirigirse a la sala de análisis, un día, de repente, se detiene frente a la sala de Ludoterapia, abre la puerta y me dice: «¡Uy, déjame ver...! A ver... ¡Hay juegos acá! ¡Qué bueno que está!».

Entra a la sala y empieza a abrir todos los armarios y a tocar los juegos y los juguetes, como si estuviera buscando algo. Comenta algo de los dinosaurios, sobre la casita de muñecas y sobre el pequeño recipiente con arena que está en la sala. Todo le parece interesante.

De manera silenciosa lo observo y veo que es un chico-hombre soñando. En este preciso momento, en mi mente aparece Winnicott con su concepto respecto de la dimensión fundamental que tiene el juego para este autor; el jugar creativo que encuentra un alivio, y el saber, que establece una posición de frontera en la que el ser humano desmiembra experiencias, ampliando y profundizando en las etapas de su vivir, pudiendo dar sentido a estas experiencias.

Únicamente en la acción de jugar el individuo, sea un niño o un adulto, puede ser creativo y utilizar su personalidad integralmente, y es únicamente siendo creativo que el individuo descubre su Yo (*self*), afirma Winnicott (1971/1975, p. 80).

Héctor, en el medio de un clima de continencia y confianza, le echa un vistazo a la sala y me pregunta si podemos jugar, propuesta que acepto

inmediatamente. A partir de este día, nuestras sesiones se han realizado en este *setting*. Eso me hace pensar que, mediante el juego simbólico, este chico manifiesta su deseo inconsciente de recapitular las vivencias psíquicas, como también restaura las relaciones de objeto damnificadas, que pueden ser revistas a la luz del *rêverie* analítico.

A lo largo de todo este período, nuestros juegos eran de los más variados. Iban desde los más simples hasta los muy complejos, pero siempre han abierto espacio para la sutileza del interjuego entre la realidad psíquica personal y la experiencia de control de los objetos reales, así como también para la relación de intimidad y confianza.

Y exactamente así se dio también en esta sesión: Héctor había faltado a las últimas sesiones porque se había contagiado de gripe H1N1. Empezamos a jugar Senet. Después de un rato largo en silencio, el paciente expresa:

Es muy malo enfermarse. En la pandemia daba mucho miedo enfermarse. ¡Qué mal! ¡Claro que daba miedo, pero yo no tuve miedo! Si mirábamos afuera, parecía que estábamos en una película de guerra, todo estaba oscuro, parado, medio muerto. En casa parecía una película de terror... ¡Qué invierno tan frío!

El habla de este chico me impacta profundamente. Me doy cuenta de que, en forma contratransferencial, vivo las angustias pandémicas de mi paciente. De una manera muy cuidadosa, le digo: «¡Qué época terrible! ¡Cuántas personas se murieron, cuánto sufrimiento!».

Parece que mi habla toca a Héctor y libera memorias del dolor. Afirma:

Yo no tenía para dónde mirar porque todo el mundo estaba nervioso... Tenía miedo de que mis abuelos se murieran. Ellos están viejitos. Sentía pena de mi mamá... Pobre, ella intentaba mantener a todo el mundo activo, con buena onda, ¿sabe? Transmitía esperanzas, pero todo el mundo se estaba muriendo afuera... Uno miraba por la ventana y parecía que estaba en una película de terror. Yo no ayudaba mucho. Ella insistía, marcando de cerca. A veces me daba un poco de bronca... Me parece que después de todo eso, yo he cambiado mucho. Ya no sé lo que me gusta y lo que me desagrada. ¡Yo qué sé!

Apenas lo escucho, le digo que las personas cambian y que él también está cambiando, que lentamente se está convirtiendo en un adulto. Concuera conmigo y me dice:

Mi papá dice que tengo que portarme como un hombre. Que cuando él viaja, yo preciso cuidar a la familia. Yo lo intento, pero quien cuida de verdad es mi mamá. En serio, lo que a mí me gusta son mis videojuegos. Eso sí que es bueno.

El juego y la sesión están terminando. Yo gano el juego, y Héctor se siente molesto, inconforme, y promete que en la próxima él será el vencedor.

Después de la sesión, yo reflexiono sobre cómo Héctor se sentía, en términos narcisistas, conturbado durante y después de la pandemia. Creo que mi joven analizante caminó por regiones tenebrosas en esta sesión, en la que me mostró el proceso melancólico que vivió durante la pandemia. Por medio del juego simbólico, el par analítico puede retomar el dolor y el miedo vividos en un momento tan traumático. Tal como afirma Melanie Klein (1926/1996):

En el juego simbólico el conflicto intrapsíquico se hacía menos violento y podía ser desplazado hacia el mundo externo. El placer se hacía más grande cuando el Yo descubría que, por medio del juego, tanto la ansiedad como la culpa se reducían como resultado de la interpretación. (pp. 237-238)

EL DESAFÍO FEMENINO

Pasó un año y medio del proceso analítico. En las sesiones empiezan a aparecer, de forma explícita, las figuras femeninas y la frustración que él siente con ellas. Surge la madre que exige, que está siempre preguntando si él estudió; la chica que le gustó, pero que lo rechazó por WhatsApp; la hermana que casi nunca le dirige la palabra y que ha elegido la homosexualidad.

El analizante empieza a desmenuzar el enigma femenino, el «contingente negro», como lo denominó Freud (1905/1996). Algo desconocido y misterioso, con sus territorios, espacios inexplorados y riquezas anheladas, esta figura femenina lo dejaba confundido al joven Héctor.

Viñeta clínica

Son las 18.00 horas. Héctor está irritado y llega retrasado. Vino directamente de la clase de refuerzo escolar y ha tenido dificultad para abrir la puerta del consultorio. Menea la cabeza para ambos lados, y me dice: «¡Esta puerta no me ayuda!». Yo siento que no se refiere solo a la puerta física, y le manifiesto: «No es nada fácil abrir determinadas puertas, y esta analista no arregla esta cerradura». Héctor, como si fuera un acto de perdón y de explicación, me refiere: «¡No hay drama! Es que estoy nervioso. Caramba, hoy estuvo difícil, pero logré acertar casi toda la hoja de respuestas. ¡Ahora entiendo mejor las matemáticas, pero igual no es nada fácil!».

Luego de unos minutos, él añade: «¡Pero ahora todo va a ser distinto!». Héctor se sienta a la mesa, me da el mazo de barajas y, de una manera *enfática*, me dice: «¡Diva, vas a barajar! ¡Vamos a jugar al Buraco! ¡Basta de perder! ¡Hoy el juego es un todo o nada!». De una manera bien humorada, le contesto: «¡Sí, jefe! ¡Usted es el que manda!». Héctor en este preciso momento se impresiona, y me dice: «¡Exactamente eso!». Y los dos nos reíamos.

Empezamos a jugar, pero las barajas no le fueron favorables a Héctor. Él tiene un gesto adusto, serio y, de repente, después de comprar la baraja de la reina de copas, explota: «¡Pucha, yo necesitaba la reina de oros! ¿Cómo puede ser que hasta acá me molesten en la vida?». Intuyo que no se trataba apenas de las reinas de la baraja, y le digo: «¡Estas mujeres... parece que no te ayudan mucho en la vida!». Héctor se pone muy serio, y añade: «¡No me diga! ¡Si uno hace una cosa, ellas quieren otra! Nada es tranquilo. ¿Puede ser? De esa forma es imposible. ¡Ella terminó la relación conmigo por teléfono!».

Cuando veo su rabia, percibo qué difícil le está siendo vivir esta etapa de la sexualidad. Héctor, con casi quince años, vivencia la ardua «transición adolescente», con todas las demandas que implica, incluso las que se refieren a la sexualidad, como nos aclara Blos (1979/1986a). La sexualidad se le imponía a mi analizante amenazando su potencia y poniendo de manifiesto su fragilidad. Ilusiones y desilusiones circulaban en su vida, y esto le era asustador.

UNA BOMBA SACUDE EL *SETTING*

Eran los últimos días del mes de noviembre. Charlábamos sobre las vacaciones y la temporada que Héctor y su familia pasarían en la ciudad natal.

Últimamente Héctor estaba luchando para lograr buenas notas escolares y lo hacía con optimismo. Según sus dichos, todo estaba bajo control y saldría todo bien. Me contaba de las pruebas escolares y me decía espontáneamente que sacaría las notas necesarias como para aprobar. Sin embargo, sus palabras no coincidían con la realidad. Héctor había agotado todas las posibilidades de pasar de año. Las notas eran insuficientes. Su caso estaba siendo analizado por el Concejo de Clase del Colegio, y Héctor no se lo había contado a nadie.

Mi analizante esgrimía omnipotencia para enfrentar la ansiedad y el miedo de tener un colapso escolar. Usaba la solución mágica para construir una realidad virtual. En la mente de este joven nada malo le podría pasar. Sin embargo, sí pasó. ¿Qué se podría hacer con esto?

Por lo tanto, la realidad se impone, y Héctor repite de año. La madre, de forma telefónica, me cuenta lo que ha pasado. Me dice que él está destruido y que llora sin parar. La sesión de Héctor será al día siguiente. Lo aguardo ansiosa. Me doy cuenta de que estoy identificada con el sufrimiento de Héctor. Al día siguiente, cuando llega, yo lo recibo de forma acogedora, pero casi ni me mira a la cara. El silencio se impone. Le pregunto si le gustaría hablar sobre lo que le pasó, y como respuesta, me dice: «No ha pasado nada. El año que viene lo curso, y listo. ¿A qué podemos jugar?».

Héctor siente rabia, quizás está avergonzado y tiene miedo. De manera reactiva, pienso que él niega su dolor psíquico mediante la recusa de los hechos. Este joven está proyectando en mí la bronca y la decepción que siente por sí mismo. De forma contratransferencial, me siento irritada. Espero en silencio hasta que él se levanta, agarra las cartas del mazo de barajas y me invita a jugar. Héctor da las cartas, y no dice ni una palabra. Al final, él pierde la partida de Buraco. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero mira para otro lado, evitando mirarme directamente, y afirma: «¡Pero, qué mierda! ¡Otra vez derrotado! ¡Así no se puede!».

El silencio permanece por un rato. En ese preciso momento, percibo un cambio en la fisonomía de este joven. Perder la partida de cartas

ha sido el colmo para que aparezca la vivencia de un sentimiento de frustración y tristeza. Perder la partida, perder el año escolar, perder los compañeros de clase, todo eso fue demasiado para soportar por parte de mi analizante. La sesión está por finalizar. Esta será la última sesión del año. Héctor se despide diciéndome: «¡Chau, hasta el año que viene! ¡Nos vemos en enero!».

No había ninguna duda: su ego estaba herido. Se habían roto violentamente sus defensas. Él estaba entregado a la culpa y la impotencia. El triunfo maniaco que había controlado la ansiedad ahora lo intoxicaba y debilitaba más todavía su Yo. Por medio de esta repetición, Héctor revivía todas las pérdidas y derrotas que había tenido en la vida. Mediante la transferencia se abrió una puerta para que aparecieran la bronca y el odio. A pesar de los pesares, el vínculo entre la analista y el analizante se había preservado: «¡Hasta el año que viene!». Ya teníamos agendado un encuentro analítico.

El proceso de la restauración yoica no iba a ser fácil. Consistiría en revivir el conflicto edípico, el complejo de castración y otros íconos psíquicos de la infancia para una necesaria expansión del yo y para la implantación de una segunda subjetivación. Los micro y macrocambios se acercaban cada vez más a Héctor y desestabilizaban la estructura psíquica infantil para dar comienzo a una nueva organización, marcada por la madurez psíquica, y todo esto no era nada fácil.

COMENTARIOS FINALES

Al rever la literatura psicoanalítica, encontramos citas de suma importancia respecto de la adolescencia. Entre ellas, es dable señalar a Rousseau (1762/1999), que, incluso sin nombrarla, la describe como el segundo nacimiento del hombre y afirma que es precisamente aquí que el hombre nace verdaderamente para la vida. De manera más detallada, el autor declara:

por lo general, el hombre no ha sido hecho para quedarse siempre en la infancia. Sale de este lugar en el tiempo que prescribe la naturaleza. Y este momento de crisis, aunque sea muy corto, ejerce largas influencias. Así como un enorme estrépito del mar antecede a una larga tempestad, esta

revolución tempestuosa se anuncia por medio de un murmullo de las pasiones nacientes: una fermentación secreta avisa que un peligro se acerca. Un cambio de humor, frecuentes exaltaciones, la continua agitación del espíritu, todo eso convierte al niño en indisciplinable. Este se hace sordo a la voz que lo hacía ser dócil; es un león que arde de fiebre; él descubre su guía y ya no desea ser gobernado. (p. 273)

El funcionamiento psíquico de mi analizante se espejaba en los dichos de Rousseau. Héctor vivía una revolución tempestuosa denominada adolescencia. Estaba influido por las relaciones internas, externas y psicosociales. Él cuestionaba todas las certidumbres.

Miedo, soledad, agresión, culpa y reparación circulaban por la mente y el cuerpo adolescente de mi paciente. A partir de un movimiento oscilatorio de progresión y regresión, se instalaron nuevos conceptos y principios de acciones en Héctor; algunos, de forma transitoria, pero otros fueron definitivos. Se abandonaban las dependencias infantiles del *self* para que se instalara un segundo proceso de subjetivación.

El encuadre analítico le había permitido abrir un espacio para la rebelión edípica con el rival del pasado, donde él podía poner en palabras el miedo y la revuelta que sentía hacia la figura paterna. Con esto, se abrió la posibilidad de revisar las oscilaciones narcísico-objetales que interferían en la estructuración psíquica y en la instauración, como dice Blos (1979/1996b), del «segundo proceso de individuación», precisamente ahora en dirección a la madurez.

El trabajo analítico que realizábamos seguía respetando el idioma adolescente de Héctor, intentando ofrecerle la oportunidad de traer «su comunicación verbal, preverbal y no verbal manifestadas mediante lo sensorial, lo notorio y por el comportamiento» (Levisky, 2013/2018, p. 91) a la relación transferencial/contratransferencial en la que podrían ser resignificadas.

En mi posición de psicoanalista tuve la intención de construir, junto con mi analizante, un encuadre analítico en el que el conflicto, los temores, las amenazas y la desconfianza pudieran ser metabolizados y desmenuzados. Voy a terminar el presente texto con las palabras de Graña (1991) con respecto al proceso analítico del adolescente:

el desafío de la psicoterapia del adolescente deberá ser encontrar un espacio, un tiempo y un semejante que, en nombre de la autenticidad de la psicoterapia y de una presupuesta bondad contratransferencial, permita ser atacado por el paciente en su desafío y precisamente sobreviva a todo esto. (p. 197) ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Bion, W. R. (1991). Des-compreender. O vínculo -S= incapacidade para frustração. En P. D. Corrêa (trad.), *O aprender com a experiência* (pp. 130-135). Imago. (Trabajo original publicado en 1962).
- Bion, W. R. (1978). *Seminarios de psicoanálisis*. Paidós.
- Blos, P. (1996a). As etapas normativas das adolescências masculina e feminina - Introdução. En M. R. Hofmeister (trad.), *Transição adolescente: Questões desenvolvimentais* (pp. 69-72). Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1979).
- Blos, P. (1996b). Modificação no modelo psicanalítico clássico da adolescência. En M. R. Hofmeister (trad.), *Transição adolescente: Questões desenvolvimentais* (pp. 313-327). Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1979).
- Blos, P. (1996c). Segundo processo de individualização da adolescência. En M. R. Hofmeister (trad.), *Transição adolescente: Questões desenvolvimentais* (pp. 97-115). Artes Médicas. (Trabajo original publicado en 1979).
- Bollas, C. (2015). O espírito do objeto como a mão do destino. En F. Marques (trad.), *A sombra do objeto: Psicanálise do conhecido não pensado* (pp. 65-76). Escuta. (Trabajo original publicado en 1987).
- Crist, W. y Dunn-Vaturi, A.-E. y Voogt, A. de (2016). *Ancient Egyptians at play: Board games across borders*. Bloomsbury.
- Freud, S. (1996a). Além do princípio do prazer. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 13, pp. 11-75). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1996b). Luto e melancolia. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 245-263). Imago. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- Freud, S. (1996c). Projeto para uma psicologia científica. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 1, pp. 333-454). Imago. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1996d). Psicologia de grupo e a análise do ego/ O grupo e a horda primeva. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 17, pp. 133-138). Imago. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1996e). Reflexões para os tempos de guerra. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 285-312). Imago. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1996f). Romances familiares. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 9, pp. 217-222). Imago. (Trabajo original publicado en 1909 [1908]).
- Freud, S. (1996g). Totem e tabu. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 12, pp. 217-222). Imago. (Trabajo original publicado en 1913-1914).
- Freud, S. (1996h). Três ensaios sobre a teoria da sexualidade. En J. Salomão (trad.), *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (vol. 7, pp. 119-217). Imago. (Trabajo original publicado en 1905).

- Graña, R. B. (1991). O desafio adolescente na família e na psicoterapia. En J. O. Outeiral y R. B. Graña (colab.), *D. W. Winnicott: Estudos* (pp. 192-198). Artes Médicas.
- Guerra, V. (2017). Diferentes funções do ritmo na subjetivação e na criação. *Calibã*, 15(1), 52-71.
- Hall, G. S. (1904). Preface. Adolescence, American education – its men, ideas, and institutions. En G. S. Hall, *Adolescence: Its psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion, and education* (vol. 1). D. Appleton.
- Homero (2013). Canto XXIV. En F. Lourenço, (trad.), *Ilíada*. (pp. 523-546). Companhia das Letras. (Obra del siglo IX a. C.).
- Klein, M. (1996). Princípios psicológicos da análise de crianças pequenas. En E. R. Barros y L. P. Chaves (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Imago. (Trabajo original publicado en 1926).
- Levisky, D. L. (2018). Psicanalista de adolescentes e de crianças: A identidade psicanalítica. En L. D. Levisky, *Adolescência: Reflexões psicanalíticas* (pp. 259-278). Zagodoni. (Trabajo original publicado en 2013).
- Quintana, M. (2003). O adolescente. En M. Quintana, *Nariz de vidro*. Moderna. (Trabajo original publicado en 1984).
- Rousseau, J. J. (1999). Emílio ou da Educação, libro 5 (R. L. Ferreira trad.). Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1762).
- Winnicott, D. W. (1975). O Brincar: A atividade criativa e a busca do eu (self). En J. Salomão (trad.), *O brincar e a realidade* (pp. 79-94). Martins Fontes. (Trabajo original publicado en 1971).